

Dos capítulos de la novela "Mrs. Caldwell habla con su hijo"

CAPITULO XL

El mar, un mar, ese mar.

El mar es una palabra que me causa náuseas, algo de lo que no puedo hablar con serenidad. El mar es un jovencito insoportable al que las cosas le han ido demasiado bien en esta vida.

Un mar, un mar cualquiera, aunque sea un mar concreto y determinado, no es nunca nada. Un mar, un amor, un asno, una aterciopelada flor, un niño perdido en una gran ciudad, un funcionario perseguido sañudamente por el jefe de personal, una bala que va volando bajo el cielo de una batalla. Es muy vago todo esto, muy impreciso. Quizás lo que suceda sea que todas las cosas necesitan su nombre.

¡Ah, pero también tienen sus inconvenientes las cosas con su nombre concreto! Aquél fatídico amor que se llamó *Pirámide*; aquel asno siniestro y desapacible que volvía la cabeza cuando escuchaba pronunciar la palabra *Catulo*; aquella flor bautizada de *Extraña Esperanza*; aquel niño que se perdió porque nadie le dijo *Dame la mano, Ricardo Henriques*; aquel funcionario que en su hogar se llamaba *Oprobio* y en la oficina *Conmiseración*; o aquella descocada bala *Margarita* que buscaba afanosamente el páncreas del más tierno recluta del batallón. El nombre del mar Egeo (Mediterráneo Oriental) es un nombre que no quiero pronunciar. O, cuando menos, un nombre que quiero pronunciar lo menos posible, como una penosa obligación de la que quisiéramos constantemente huir.

CAPITULO XLI

Los muertos y otros pensamientos igualmente vanos.

Los muertos suelen tomar posturas sorprendentes, hijo mío. Probablemente, si ellos pudieran verse, serían los primeros sorprendidos al verse así. Es posible que fuera curioso un largo y detallado estudio sobre las posturas que adoptan las gentes para morir. Sus posturas podrían clasificarse en grupos y, al frente de cada uno de los grupos, figuraría un tierno animal doméstico aterido, una gallina, un conejo de corral, un pato, un tierno lechoncillo. Si la gente fuera más culta de lo que es, Eliacim querido, podría saberse ya, a estas alturas, qué postura sería la preferida para cada cual al llegar el momento. Tu padre, hijo mío, prefirió una caritativa postura de gata parida. Daba risa verlo. Algunos amigos tuvieron que ayudarme a desdoblarlo para poderlo meter en la caja.

Pensamientos vanos pueden albergarse varios al cabo del día; es tan sólo preciso prestar cierta atención. Un guardapelo con un bucle dorado, un niño que todavía no conoce los azotes, otro niño sabio en las artes de la oropéndola. ¡Multitud, multitud de ellos!

Camilo José CELA